

AQUEL individuo de aspecto misterioso dice ser un escritor. En efecto, cada cierto número de horas desciende un óvulo de su ovario intelectual, y expulsa el «poema», fecundado por alguna de sus lecturas habituales.

Esos hijos sin padre conocido van tomando la forma de un feto desnalgado, híbrido, medio putrefacto. El observa el producto de sus amores, lo besa y llora. ¡Es su hijo! El hijo de su inteligencia, el retoño lacerado de sus contactos con la eternidad. Lo lleva al editor, a los rotativos. Se hace fotografiar con el libro en la mano, cuenta cómo lo concibió, en qué instante histórico tuvo la ocurrencia del primer verso.

Usa la palabra CREACION con frecuencia. Ella le confiere una especie de rango profundo e indefinido, otorgándole un aire de deidad terrena, que se aviene, por piedad, a vivir entre los hombres. No acierta a explicar en qué consiste su creación, pues, apoyándose en una verdad expresada por terceros, afirma que «el proceso de la creación es indefinible». Con esto está salvado. Ha puesto un pie sobre la playa desconocida: se tumba, entonces, panza al sol, coronado de fantásticos laureles.

—Mi poesía es realista —afirma con énfasis otro bardo— la escribí teniendo a la vista a esos pobres granujas del río Mapocho. Realismo auténtico; aquí no hay nada imaginado.

Esta última afirmación es verídica. Pero no dice que no ha imaginado nada por carencia total de imaginación. Prefiere caer en el desprecio de ella, encerrarse en la digna pachorra de aquél que está

por encima de esos renunciados femeninos. No. El es un realista; durante años viene buscando temas como un náufrago. Rara vez, sin embargo, pasa de este verso poco convincente: «Juan pueblo está comiendo un plato de porotos». En vano ha echado su cabellera, desde la torre de su realismo, como en la leyenda de Rapuncel, para que los motivos suban como piojos por sus largas trenzas de tonto grave o de enfermo de hemofilia literaria.

Posee algunos slogans, alguna frase que lo sitúa en algún lugar del espacio: «El arte al servicio del hombre». (Por desgracia, él concibe el arte al servicio del hombre, como una bacinica al servicio de la familia). El hombre, para este pensador, filósofo y poeta, es, una especie de imbécil cuyo esquema cerebral podría representarse, geoméricamente, con unas cuantas rayitas horizontales.

Estos ejemplos que exponemos no son sino unidades de un muestrario muy vasto, cuya gama recorre el teclado universal de variados oficios y pasiones, pues el arte no es en ellos función vital, sino mera actividad derivada: formas de snobismo, intento de sublimación de sus pobres almas fracasadas, sangrantes de resentimiento, y aun estados de alienación medianamente peligrosos.

Junto a estos ilotas de la inteligencia, a estos palafreneros del arte, se alzan, al candil de la vida literaria del país, otros rostros tumefectos por la envidia, el oportunismo o la animalidad intelectual. Rostros anormales de seres cuyas pasiones nacen de la cintura para abajo. Surgen marcados, envenenados, estampados en el trasero como un trozo de género de rayón, a menudo envueltos en imágenes lúbricas; sueños de adolescentes, o de viejos, montados en el caballo de madera de su senectud arruinada por las polillas.

Estas figuras, dignas del pincel de Jerónimo Bosch, son, sin embargo, los verdaderos enemigos del escritor, y maestros acabados en el montaje de la «máquina» literaria. Para ello, comienzan por adjudicarse todos los santos bajo cuya advocación se convierten en tabú para los tontos y los cobardes: un poeta de brillo, un diario de buena circulación, un cargo político. Algunos utilizan la palabra CONFRATERNIDAD con eficacia, la palabra PUEBLO, la palabra SOCIEDAD. Otros, más idiotas o más siúuticos, hablan de IDEAL, PATRIA, ARTE. A otros tantos, miembros de negras sectas extraconyugales, se les cae la baba cuando pronuncian la palabra ESTETICA. Son expresiones patinadas por el tiempo, convertidas ya en instituciones, Y, como las instituciones, una gran capa de muerte las recubre y disfraza. Por esta razón, de orden institucional, en todas partes encontramos gendarmes del arte, gendarmes de la confraternidad, gendarmes de la belleza. En los cuatro puntos cardinales, emergen concesionarios de la literatura, dómines y mulas sagradas.

Detrás de las instituciones esconden sus estampas esqueléticas, depravadas o vacilantes, y arrojan aceite hirviendo a los que pasan ante ellos sin descubrirse saludando su talento.

Los poetas políticos se diluyen, identificándose con los grandes conglomerados, en mezclas de al uno por mil, como una pobre agua descolorida, o los polvos de arroz en el rostro de una ramera ambulante. Exhalan olor a percán, a cosa premeditada y muerta.

Los jóvenes demasiado refinados, —lechuguinos de alma ultramontana, pisaverdes y rastacueros del arte—, aspiran a llegar un día a ocupar una columna en el suplemento dominical de algún rotativo criollo. Desde ella, se ciscan en la humanidad doliente, y discuten en público sus extravíos mo-

rales. Allí viven, como gusanos bajo la tierra, inmunes a las pisadas. Arrojan, impunemente su saliva elástica sobre los pocos escritores que saben vivir con la dignidad al nivel de su oficio.

Como aquel pequeño pez voracísimo que se incrusta en el esfínter del desventurado que se adentra en sus turbias aguas, perforándole los intestinos, así, también, suelen introducirse en las páginas de la prensa nacional estos bellacos de apariencia inofensiva y «dictar cátedra» desde su temporal altura. A veces se muerden la cola entre ellos mismos, olvidando su pasado y sus vicios comunes.

Son gentes sin derecha y sin izquierda, almas errabundas, barriletes de color que pasean la escuálida cola por el infinito y se alejan de la tierra.

La consecuencia más lamentable de esta fauna vermiforme, es que a veces atrae a su centro de infamia a algún verdadero escritor, que, deshecho o claudicante, borracho o simplemente hambriento, se entrega a la oscura mancebía de su amistad, liquidando de este modo su posible obra, su promisoría personalidad de artista.

Toda su inquietud nocturna, su grima de borrachos o viejos prematuros alcanza su momento estelar cuando consiguen integrar algún jurado literario. Entonces adquieren visos de epopeya. Es el momento de las exhumaciones, de las grandes venganzas. Se premia al anciano contra el joven; al joven contra el anciano, al margen de toda posible estimativa literaria. Sus reacciones hormonales no tienen ya nada que ver con el arte. Sus altibajos menstruales carecen de toda explicación. Si sus rasgos físicos expresaran con exactitud su primitiva alma, observaríamos con sorpresa que muchas bestias perdidas tras la cortina del diluvio, reaparecen, escondiendo la mano paquidérmica detrás de la sonrisa de un joven narigón y con lentes, que nos detiene en la calle Ahumada para

preguntarnos por el estado de salud de nuestra familia, por nuestro proyectado libro, en tanto su sonrisa se abre dulcemente, como una flor del trópico a la luz amorosa de la luna...
